

La Poesía de Victoria Caro a los ojos de los críticos españoles. Una lectura en su libro *Tierra amada. Espíritu de perfección*¹

Dr. Hamel Benaissa
Universidad de Amar Thelidji-Laghout.
Argelia

María Victoria Caro Bernal. Malagueña. Es poeta, filósofa, actriz y gestora cultural. Licenciada en Arte Dramático y en Filosofía y Ciencias de la Educación. Ha cursado el Doctorado en Teoría, Historia y Práctica del Teatro. Formada en filosofía práctica, producción de espectáculos, artes plásticas y gestión cultural. Primer Premio de Poesía Antonio Machado (Jaén-1986) por su poema: Profecía del bien intrínseco del Alma. Dedicado a la Paz. En 1988 publica, Lino Blanco, un cuaderno de poemas místicos. En el año 2006 funda Nuestra Ágora, una empresa altruista de eventos culturales, que sigue dirigiendo hasta ahora. En junio de 2014 publicó su poemario *Tierra amada. Espíritu de perfección*. En 2015 participa en dos poemarios colectivos solidarios, *NE-cesarias PAL-abras* y *Grito de Mujer*. Escribe poemas comprometidos socialmente con Palestina, los refugiados sirios o las víctimas de violencia de género. Desde el 2009 realiza una intensa labor altruista, como socia con cargos en el **Ateneo de Madrid**, organizando actos de filosofía, música y teatro. Organiza y presenta para el Ateneo de Madrid desde septiembre de 2011 la **Tertulia de las Tres Tertulias. Reflexiones sobre el Ser**. Es presidenta de **Tierra y Culturas, ONG**, y vicepresidenta del **Instituto de Artes Mekki Moursia**.

La poeta excepcional y escritora excelente, María Victoria, es como aquellos poetas importantes españoles que hicieron con sus palabras, honestas e implacables, un arma eficaz para la defensa de los Derechos Humanos. María Victoria está comprometida en la lucha por la defensa de las cuestiones humanitarias, en particular con la cuestión palestina. Por casualidad, tuve el honor de conocerla cuando asistí a un evento cultural en La Tabacalera de Madrid, en octubre de 2015, a petición de mi amiga Arabia Moursia, presidenta del Instituto de Artes Mekki Moursia. Allí la poeta María Victoria recitó un variado ramillete de poemas sobre el pueblo palestino. Encendió el entusiasmo de los asistentes. Recitó de una forma tan extraordinaria, que llorabagan parte del público presente. Sobre todo, cuando sus poemas describían de una manera muy impresionante, con palabras poderosas, las imágenes de los niños palestinos muertos, mutilados, quemados, heridos gravemente, huérfanos y la destrucción de las casas, hospitales, ambulancias, lugares de culto, colegios ...

Tales la importancia de la poesía de María Victoria, que da un avance notorio a la literatura española, reflejando el interés de la élite intelectual en las cuestiones humanitarias de Europa.

Tres críticos literarios españoles han estudiado su poemario titulado «Tierra amada. Espíritu de perfección», desde diferentes ángulos. Ellos están considerados como distinguidos críticos de la escena literaria española. Han presentado enfoques enriquecedores sobre el poemario de esta poeta.

¹ *Tierra amada. Espíritu de perfección*.
Editorial ViveLibro, 2014 (ISBN: 9788416097968)

El primer enfoque lo presentó Gregorio Muelas Bermúdez bajo un título atractivo, «María Victoria Caro Bernal: Tierra amada, poesía mística actual». En el segundo, Antonio Moreno Ayora, dice que la poeta María Victoria cuenta con una capacidad poética en pugna con la luz de las ideas principales del texto. Con un sentido ligeramente diferente, Luis Nazaret Solís Mendoza, ha presentado una lectura crítica, desde el punto de vista de los valores humanos, que subyace en el texto poético, bajo un título muy atractivo: «Las ondas gravitacionales de Victoria Caro Bernal». Podremos apreciar a este distinguido crítico al final de estas líneas introductorias.

Hemos querido que el hilo conductor de esta introducción a los poemas fuera esa actitud de interés por todo de María Victoria. Poemas que nacen de una mirada que se maravilla, de un sentir que late con el sentir de la realidad, poemas que nos dicen que ésta es la verdadera posibilidad humana. Podríamos encontrar muchos, muchísimos ejemplos, pero no se trata de amontonarlos, sino de poderlos saborear, de dejarse impregnar por lo que nos ofrecen. Será una pequeña selección leída dejando espacio para que las palabras nos penetren, en la medida de lo posible.

Y aquí están estos estudios interesantes sobre los poemas de María Victoria.

Las ondas gravitacionales de Victoria Caro Bernal

Luis Nazaret Solís Mendoza¹

El Siglo de Oro instauró una edad de la melancolía en toda la literatura en lengua castellana, adjetívase como hispánica y latinoamericana; una melancolía que era concomitante –aunque también una consecuencia– de los grandes trastornos sociales de la época; trastornos que obligaron al abandono de unas virtudes y líneas de pensamiento, en favor de nuevos y extraños cánones. El Quijote de Cervantes es fiel reflejo de un hombre que ya no encaja y, por lo tanto, su muerte es inevitable. Entonces, el mundo aparece ante el poeta como ajeno, horroroso, un «valle de lágrimas» del que hay que huir. Lo terrenal ya no enamora, y el ser humano –desencantado o desenamorado– se condena a peregrinar, en términos de don Luis de Góngora, o a caminar, en términos de don Antonio Machado, en busca de una nueva felicidad o, cuanto menos, algo que le prometa la salvación².

No es casual que, cuatrocientos años después, César Vallejo, quizás el mejor poeta del siglo XX, inaugure toda su poesía publicada con una prolongación de tintes áureos. El primer verso es categórico: «Hay golpes en la vida tan fuertes... yo no sé!» («Los heraldos negros», v. 1). Tantos años han transcurrido y esa salvación no llega. La tristeza y el dolor continúan; es más, con dos guerras mundiales a cuestas, la melancolía se intensifica y la palabra –esencia de la literatura– entra en crisis. «¿De qué sirven las palabras? ¡Estoy harto de palabras!», exclamaría Mr. Wilson en *The Stranger* (1946), de Orson Welles. Y parece que, navegando en el siglo XXI, la melancolía se está expandiendo a otros mundos, con *Gravity* y *The Martian*, por un lado, y a otras formas de entender lo literario, como el neobarroquismo, por el otro.

¹ -Artículo manuscrito, intitulado: "*Las ondas gravitacionales de Victoria Caro Bernal*" de Luis Nazaret Solís Mendoza, Doctor en Filología Hispánica. Madrid, España

Pero he leído el poemario de Victoria Caro Bernal y he quedado gratamente sorprendido y un poco esperanzado. *Tierra amada* parece augurar una nueva era en la conciencia colectiva o, con mayor precisión, un momento de quiebre y de reconciliación con este mundo, tan terrenal como metafísico. En este sentido, es sintomático que la poeta haya subtítulo sus cuarenta y cinco poemas con una frase de ribetes áureos, claramente embebida de la mística carmelita: *Espíritu de perfección*, que marca una clara distancia con ese *Camino de perfección* de santa Teresa (tan vinculado con Dios), pero que no lo niega, antes bien, lo acepta como su antecedente («hipotexto», en clave intertextual) y se embarca en un nuevo camino unitivo, el del sonido metafísico, sorprendentemente afín al reciente descubrimiento de las ondas gravitacionales predichas por Albert Einstein. Así lo deja establecido desde los primeros versos:

**Acercándome a un conocimiento íntimo,
no del todo entendido su fin,
manifestado ante la faz luminosa
en el monte intermedio,
dentro de la envolvente oscuridad,
voz solemne, masculina y sonora.
(«Verdadero», vv. 1-6)**

Si en 1955 Jorge Eduardo Eielson revivía la mística de san Juan de la Cruz en *Noche oscura del cuerpo*, para apoyar la materialidad del ser humano, como otro camino de unión con el universo; en 2015, Victoria Caro nos conduce por las ondas o por la vibración del «gozoso y cautivador sonido» («1.2.2.1. Ondina», v. 11), un novedoso e insospechado camino que sintetiza las órdenes físicas y trascendentales, puesto que, para la poeta, la tradicional «luz» –recuerden el verso sanjuanista «sin otra luz y guía, / sino la que en el corazón ardía»– no es la única fuente de conocimiento, ni de unidad. En todo caso, la luz ha agotado su tiempo, ha envejecido, «Hoy he visto la sombra de la luz» («Laureola en sombras», v. 1), y la poeta insta un nuevo orden, una nueva fraternidad: «Hermanos de la voz metafísica» («Dulces latidos», v. 5), una perspectiva a la que ha llegado por medio del purificante e inevitable dolor: «Porque estuve derrotada / y escuché tensa de dolor el gran Sonido» («Cetro de espinas vivas», v. 6).

En este punto debo alertar de que el lenguaje de *Tierra amada* se eleva exclusivamente por encima de toda consideración terrenal, priorizando el discurso hermético que convertiría al poemario en una lectura solo para iniciados. Antes bien, «Tierra amada» continúa o, mejor dicho, integra en su discurso la experiencia de la poesía mística –despojada del adjetivo carmelita, budista o sufí–, respetando el inevitable recorrido por sus tres etapas: preparación, «El verdadero comienzo de las palabras / es pronunciarlas sin mover los labios» («En la noche», vv. 1-2), purificación «¿Habré muerto? / A mí regresé. // Nacida de la espuma» («En el principio estaba nacida», vv. 9-11), y unitiva, «Uno conmigo, / desde lo profundo hasta poder tocarlo» («Verdadero», vv. 19-20). Pero, además, recoge los elementos terrenales no tanto como símbolos o representaciones de lo trascendente –diferencia importante respecto a «la casa sosegada» o a «la noche oscura» de san Juan–, sino como su realización concreta; de ahí que el poemario de Victoria Caro Bernal se nos ofrezca más cercano y tan humano, fundiendo lo misterioso entre los asuntos cotidianos: «Motores frenando, / ruidos que te regresan a la calle» («Sensación de olvido», vv. 10-11), en un despliegue de metáforas muy cercanas a los haikus japoneses, por ejemplo.

Así, pues, “Tierra amada” añade camino de retorno al proceso de ascensión de la mística tradicional. Es decir, se ha elaborado una geometría o arquitectura cognoscitiva que fluye de lo terrenal hacia lo trascendental y viceversa, con lo cual roza el tan ansiado re-enamoramiento del hombre y difumina –aunque la voz poética no lo logra totalmente– los bordes de la melancolía. Aquí, el sonido empieza a tener forma: «Saboread las bellas notas maestras» («Amadas notas celestiales», vv. 15), y se retorna al amor primero, al que da sentido a la existencia: «Gracias, Señor, porque Tú salvas» («Gracias, Señor, por tu misericordia», v. 24).

Por este esfuerzo de indagación e introspección, Victoria Caro nos otorga una nueva mirada, otro ángulo que nos facilitará ampliar y descubrir aquellas zonas oscuras donde la luz no alcanza a iluminar. El ser humano ya no mirará solo aquello que este ente lumínico permita, sino que escuchará atentamente la misma voz del universo, esas «ondas gravitacionales» largamente esperadas y que la poeta nos ha puesto en escritura; también, nos acercaremos un poco más a esa ansiada felicidad y, por qué no, a la auténtica liberación. En cualquiera de los casos, no olvidemos nuestro agradecimiento a Victoria Caro Bernal por este «ensordecedor» poemario.

La experiencia encubrada de María Victoria Caro Bernal:

Antonio Moreno Ayora¹

Cuatro secciones y un total de cuarenta y cinco poemas constituyen este sentido poemario de tan “escondida ternura” –así se le califica en su “Epílogo segundo”, de los tres que lleva– y de tan vibrante emoción como es este de María Victoria Caro Bernal, *Tierra amada. Espíritu de perfección* (Madrid, Vive Libro, 2014). Sintiendo la protagonista portadora unas veces de sentires individuales y otras compartiendo su voz (“Ahora, sin despertar de la poesía / destierremos la nada y el silencio”), los versos nos llegan como una preocupación por explicar la realidad, el entorno y las vivencias íntimas, sobre todo como resultado –léase en “Todo es diferente” – de querer “Descubrir lo indefinible”. Y es por esta razón que el primer apartado “Philopoesía” acaba como una declaración de lo que es la espiritualidad para dar paso a la siguiente titulada “Unidad religada”, siendo entonces cuando los versos buscan más intensamente o quieren rodearse de más reflexión y más paz, anhelando incluso explicar el mundo a través de sus conexiones con la divinidad y el misterio: “Mi mano izquierda / recuerda la tez del Cristo joven, / cuando con luz / intentaba saber más”.

María Victoria Caro es poeta contemplativa que se deja envolver por los hallazgos de la luz y por los reencuentros con el recuerdo. Ella es protagonista lírica que pretende traspasarnos su mundo con delicadeza de modo muchas veces simbólico y hasta haciendo uso de imágenes de orientación surrealista o apegadas a lo onírico. Y son estos planteamientos quizá los que hacen de su poesía un mensaje más intelectual que apasionado, más analítico que anecdótico, porque la vivencia no se muestra en su desnudez hiriente sino en sus efectos diferidos, cuando ya el dolor o la alegría han sido asumidos desde la distancia e incorporados a un momento presente “donde sentir y comprender sea lo mismo”. Con tales planteamientos

¹-Artículo manuscrito, intitulado: “*La experiencia encubrada de María Victoria Caro Bernal*” por Antonio Moreno Ayora, Doctor en Filología Hispánica. Córdoba, España

de la experiencia, hasta el amor tiene una vibración distinta, incorporada al ser de manera contenida, sin frenesí conturbador: “Estás tan brillante, tan fijo, / tan apacible en mi mente”.

Una vibración cósmica, un deseo de habitar espacios de luz y de dicha, una necesidad de traspasar al verso la felicidad que el ser destila al contemplar la naturaleza y la grandiosidad circundante de la divinidad “siempre presente / en las infinitas combinaciones de los elementos, / impregnando tu estilo al átomo más acabado”. Búsqueda de la espiritualidad y aceptación de la religiosidad que eleva y nutre la experiencia cotidiana, esto es, al fin, lo que marca y singulariza la poesía de esta delicada poeta.

En relación con estos precedentes comentarios, el lector que saboree los versos de un poemario tan extenso como el presente verá que puede comprenderlos a la perfección si atiende sobre todo a la exégesis lírica que suponen los correspondientes prólogos de Márcio Catunda, por el que sabemos que “Es la espiritualidad del sentimiento que hace despertar el entendimiento”; de Juan Antonio López Benedí, quien aclara que “Desde la profunda mirada que busca la esencia de la vida, articula María Victoria sus versos con ritmo de corazón”; y de Juan Carlos Jurado Zambrana, que se refiere a ella como una poeta que “se muestra especialmente humana y solidaria”. Evidentemente estas explicaciones se completan y matizan con las conceptualizaciones oportunas que hallamos en los dos epílogos que añaden Vicente Merlo y Xavier Sánchez de Amoraga y de Garnica. De este modo, en el libro se conjuntan muy adecuadamente la expresión poética de la autora y la convincente crítica literaria de quienes aportan su sabiduría en los citados prólogos y epílogos.

Por añadir otro punto de vista, el poeta Márcio Catunda ha presentado un prólogo al libro de María Victoria, donde dijo¹:

“Los Cantos Místicos de “Tierra amada. Espíritu de perfección”

Tierra Amada, Espíritu de Perfección, poemario de Victoria Caro Bernal, es una cosecha de cantos de los dulces latidos de amor. Su poesía tiene la delicadeza tierna que nace de un sentimiento fraterno y lírico. “Los recuerdos, imborrables hallazgos” y el sublime silencio inspiran su búsqueda de la esencia y del misterio más allá de las dimensiones. Se trata de una inquietud que demanda visiones y vislumbra los filamentos rutilantes de lo imaginable y una “luz de siete pétalos” en “jardín de amores” que suscitan la “esperanza viva”.

Victoria sueña con la belleza del iris de las rosas y con la espiritualidad de la lámpara de cristal etéreo. Los emblemas de su poética son la soledad viajera y el caminar juntos, de la mano llevados, para cruzar horizontes de tibia luz. Si descubre la ausencia del ser deseado, siente la nostalgia del paraíso perdido en los espectaculares atardeceres. Si reconoce la distancia entre la realidad que está más allá de esta dimensión física, siente la perplejidad ante el misterio de existir. En sus cantos enamorados, ella enseña que la vida no tiene otro sentido que el compartir. El amor es una “conexión sin mancha en lo sagrado”. Los dulces latidos amorosos engendran el unísono de credos, vuelos y campos por cultivar. Menciono estas imágenes de rara belleza:

“Dulce voz, dulce recuerdo. Inspiración donde anidan tus dedos, que mueven el otoño sobre

¹Márcio Catunda, Poeta y Diplomático del Gobierno de Brasil, *Tierra amada*”p 02

mi lago, para dar luz a su fondo".

Su canto amoroso es también el canto de la utopía, del estado edénico de la plenitud. Es la espiritualidad del sentimiento que hace despertar el entendimiento. Sólo el sentir y sus resonancias justifican la vida, porque la llenan de significado ético y estético. En el poema *Cetro de Espinas Vivas*, se observa la sed de plenitud espiritual que llena sus palabras de belleza: "Quiero reintegrarme / en la luz dorada y cálida del Día".

Me impresionó intensamente la confesión devocional de este texto, titulado *Existo*:

"Sólo desde Él sé que soy, en Él sé que estoy, por Él estoy en la Verdad".

Siento en estas palabras de ardor místico una resonancia de los versos de Teresa de Ávila o de Juan de la Cruz, o de los sufíes, que buscan la "*Espiral arcana*", porque en la danza del éxtasis aparece la intuición de la unidad. En tal estado de iluminación sentimental conduce a la adoración del Ser capaz de entretener los Hilos y extender la red "en nuestro vértigo sin equilibrio". Su amor místico es un anhelo de lo contemplado. El bien intrínseco del alma presume la compañía del Ser amado. La Videncia del Día representa ese designio de envolvimiento y de aliento sensual. La poesía es un don que algunos seres sensibles reciben de la Naturaleza Divina. Me alegro del placer estético de leer las tonalidades líricas de Victoria Caro Bernal".

El poeta Márcio aprecia y valora altamente los poemas contenidos en este libro, que describe profundamente la visión mística del mundo de la poeta, que se distinguen de la condensación simbólica, legendaria e histórica, lo cual refleja el alto nivel cultural e intelectual de la poeta española, María Victoria.

Por otra parte, este libro ha atraído la atención de otro destacado escritor español, el Doctor en Educación, Juan Antonio López Benedí, que había leído el libro profundamente, "*Tierra amada*", con todas las precauciones, porque nos servía testimonios muy importantes, nos invita a leer toda la poesía de María Victoria, una y otra vez, sin interrupción, de manera que cada nueva lectura abra una nueva ventana en el horizonte del lector y reproduzca los significados y las connotaciones para interpretaciones profundas¹.

Lea lo que Juan Antonio dijo sobre esta poeta inimitable, "María Victoria":

"Desde la profunda mirada que busca la esencia de la vida, articula María Victoria sus versos con ritmo de corazón. Pálpito y sonrisas se deslizan por entre los tonos, formas y sabores de su tierra amada; una tierra filosófica. Enlazar poesía y filosofía es discutible y peligroso, para la perspectiva de algunos. Pueden ver en ello el riesgo de transitar por caminos incompatibles quienes deciden instalarse en el estricto ejercicio de la razón. Un ejercicio que sospecha de metáforas y sentimientos. Pero María Victoria, con estos versos, nos invita a recuperarnos como seres humanos plenos; como seres pensantes que integran el palpitar de la vida, sus incertidumbres y sugerencias evanescentes. Las palabras, los conceptos, cobran ritmo y rima para nacer a la existencia. Y así renacen con cada lectura y relectura, encarnando una y otra vez el verbo de lo humano, como evocación también de lo divino.

¹- Juan Antonio López Benedí, Poeta, escritor y Doctor en Educación, "*Tierra amada*" p03

"Acercándome a un conocimiento íntimo...", declara. Conocimiento en el que se sumerge para alcanzar su verdad sentida y desvelarla. No teme atravesar la noche. Acepta las noches de temores e ignorancias como origen que nos toca a todos por nuestra condición humana. Mas tal aceptación no es resignarse a la oscuridad. Trascender el sinsentido de los conceptos huecos sólo puede lograrse a través del silencio; a través del reposo que emana en sabiduría más allá de la razón, pero sin contradicción con ella. Así nos filosofa María Victoria, sin pretensiones críticas o eruditas. Más bien se acerca a la visión inocente de esos "niños" capaces de alcanzar el Paraíso.

Una y otra vez se esfuerza sin fruncir el ceño. Se esfuerza en desintegrar los límites que tan sólo impone la razón. Aunque para ello tenga a veces que aceptar el "corazón roto en llanto seco". Para todo hay siempre un precio. Precio que, en este caso, no chantajea al valor. No hay confusión. Tan sólo integración mística. Así lo expresa: "Mi pensamiento soy Yo en Él". Sin pretender cansar con reflexiones o sugerencias que empañen la virginal presencia del texto, de los versos, queda aquí mi reconocimiento y propuesta para leer y releer, pensando y sin pensar, pronunciando y sintiendo siempre, cada palpito en este libro de versos. Merece la pena recordar que María Victoria es filósofa y actriz; una mujer entusiasta de la vida y la cultura, que nos invita a compartir, ahora y siempre, esa espiritualidad mística que recorre sus venas. Encárnese pues una vez más, sin presura ni demora, su verbo".

“Sin duda, la poesía de María Victoria, es una visión autoscópica de la vida y la experiencia espiritual. Los poemas de esta poeta contienen una serie de temas, motivos e inquietudes éticas y religiosas, recurrentes en la poco estudiada obra poética de María Victoria. Destacan las temáticas de la vida interior y de la experiencia espiritual manifiestas en la búsqueda de Dios y de la trascendencia, en el viaje espiritual y mirada autoscópica del hombre, así como en el amor humano, y en la interrogante sobre el bien y el mal. Estas cuestiones tradicionales en esos poemas místicos, son tratados los poemas de "Terra amada" no de manera religiosa ortodoxa. María Victoria recurre a la inversión y a la ironía para subvertir los motivos religiosos: la búsqueda es anhelo de raptó místicas no consumado, deseo infructuoso de unión con la trascendencia. Asimismo, las contradicciones humanas que derivan de las oposiciones de la carne y del espíritu, así como de la razón y la pasión, que nos llevan a una poética del rechazo y de la renuncia"... Lo que el escritor y poeta español, Juan Carlos Jurado Zambrana, ha expresado claramente en su prólogo del libro "Tierra amada" de la siguiente manera"¹:

No existe, para la conciencia espiritual del ser humano, empresa más vacía y al mismo tiempo más dolorosa que una prolongada fidelidad a la amalgama psíquica de atracciones rechazos, miedos, pasiones sensuales y demás emociones que constituyen su transitoria y perecedera personalidad; un concepto éste que ha sido definido, basándose en las ideas herméticas y trascendentales, como opuesto a lo que esencialmente informa al hombre de su individualidad o eterna estructura espiritual.

Frente a estos límites del individuo y el consiguiente desconocimiento que solemos experimentar de nosotros mismos, hasta el caso extremo de confundir, en un reflejo primitivo, nuestro "yo" pensante y consciente del "sí mismo" con su mera materialidad corporal; frente a

¹- Juan Carlos Jurado Zambrana, Poeta y escritor. Licenciado en Filología Hispánica, "Tierra amada" p05

estas restricciones, podríamos decir, de luz interior, contra las que, aun sin darse cuenta, el hombre se debate, surge el genio, o más exactamente la sabiduría, de quienes a lo largo de los tiempos han alcanzado alumbrar esa zona de misterio, cuyo íntimo aliento no sospechó el psicoanálisis de Freud, y que un poeta como Rilke acertó a definir como “la gran colmena de oro de lo invisible”. Un templo, refiriéndonos al ser humano, de la esencia; un recóndito observatorio desde el que la misma Divinidad nos contempla, y en cuya cima o perfecta conjunción de hombre y Dios, aquél deviene, al fin, claro rey de los enigmas.

A este último sentido importa vincular lo que, a mi juicio, constituye la aportación más valiosa y original de la escritura poética de una autora malagueña, María Victoria Caro, en *Tierra amada*.

Efectivamente, toda verdadera creación, y con más razón aquella que merece sin paliativos la definición de “poesía”, ha significado en el devenir histórico –desde los Vedas o antiguos cantos sagrados de la India, hasta las más recientes manifestaciones de la literatura hermética, metafísica y espiritual– el esfuerzo fascinante, con mayor o menor exactitud y clarificación, de penetrar en lo extraordinario y aprehender la esencia de lo no visible, misterioso o sobrenatural. Un esfuerzo, por consiguiente, encaminado al conocimiento de la interioridad del hombre y de aquellos planos más sutiles de su consciencia micro cósmicos. “Como arriba es abajo”. Válganos, una vez más, el eco de este axioma hermético no por repetido menos ignorado. En este poemario, *Tierra amada. Espíritu* de perfección, María Victoria Caro nos abre las pupilas sobre algunos procesos de aprehensión, y por tanto de aprendizaje, de esa otra realidad de lo inaparente que el poeta Paul Eluard sintetizó en la conocida y hoy emblemática fórmula “existen otros mundos, pero están en éste”. Al mismo tiempo, en versos de una gran precisión verbal, sin esas vagas fugas féricas o típicamente surrealistas, María Victoria nos da cuenta de las actividades más delicadas de nuestro espíritu: “No hay mayor mal para quien era/ ni mayor bien para quien soy/ que haberme conocido”.

Todo el libro, así como el conjunto más significativo de la poesía de esta autora, se nos revela, pues, desde la experiencia, como el resultado de un proceso tenaz, que el mismo Dios nos brinda, de indagación en la conciencia pura que nos habita; conciencia divina, en continua comunicación con el hombre, aunque el lastre de tendencias negativas de nuestra mente ordinaria nos impida, siquiera brevísimamente, apeteer de ello.

Gustar de Dios. Trascender el testimonio de la máscara (la personalidad, antes aludida). Sentir la indescriptible belleza, la extraordinaria ciencia de nuestra configuración gloriosa... He aquí, para quien esto experimente una vivencia que es el colmo de la claridad y el sentido, una fortuna de Conocimiento que ni la más elevada teología podría suministrar al individuo; y he aquí, sin embargo, en la obligación de acercarse al prójimo lo mejor de sí, la tarea más difícil a la que pueda consagrarse un poeta, una vez traspasado el terreno de las intuiciones para instaurarse en lo esencial del autoconocimiento, es la tarea de comunicar lo trascendente al igual que un místico ha de someter su intelecto a fin de describirnos aquellas maravillas hacia las que Teresa de Ávila en su Castillo interior, nos tiende un puente en cuyas alas no faltan los “no sé cómo” y “no sé si atino”...

Por su parte, María Victoria Caro, que en uno de los poemas, “Nube de arcilla”, se reúne consigo misma para notificarnos desde “una velocidad que no está en el tiempo”, nos pide en otro poema, “Temblor de paz”, “una limosna de comprensión”. Y tras su bautismo de fuego,

nuevamente el vocabulario se revela paupérrimo para explicar o describir esta especial luz en la hermética noche, en la noche de poema, donde su autora, con toda sencillez, avanza y nos pide perdón.

No dispongo de espacio para extenderme en otras consideraciones de interés sobre esta poesía. Destinada, por el momento, a la más alta soledad de la siempre vapuleada, pero firme torre de marfil, desde esta misma arquitectura de su espíritu, María Victoria, se muestra especialmente humana y solidaria: “mi resurgir alivia/ y restaura la igualdad con todos. // Ya, sobre mí no doy vueltas en la confusión de los caminos.”

Ignoro, desde mi relativo pesimismo, muy contrario, por cierto, al entusiasmo vital de María Victoria, si su poesía, como indicara Maeterlinck a propósito de algunas figuras señeras del siglo XVII (Cagliostro, Saint Germain, Swedenborg) anuncia el “despertar del alma” de una nueva época.

Tras la admirable tenacidad de quienes, con posterioridad a esos iniciados, han hecho de la filosofía, la prédica o la creación artística, unos instrumentos sumamente valiosos para colaborar en la evolución espiritual del hombre (pienso ahora, entre otros en Krishnamurti, Ramana Maharshi, Gandhi, Tagore, Steiner o pontífices del talante de Juan XXIII) hemos constatado que la humanidad no sólo sigue profunda, abismalmente inmersa y apegada a la accidentalidad del mundo fenoménico, sino que una parte considerable de los intelectuales y artistas con favor público han promovido una especie de fundamentalismo de lo maldito, negador y destructor de la visión espiritualmente auténtica de lo real.

A Ellos, los que han antepuesto el mal al bien, o expresamente confundido sus términos, podría destinarse esta observación de uno de los teóricos fundamentales de la “nueva gnosis”, el novelista y filósofo Raymond Abellio: “Aquél que sabe crear el mundo, sabe también destruirlo. Pero lo inverso no es verdad”.

Mi desánimo es, no obstante relativo, porque frente a cualquier posible catástrofe colectiva, creo en el poder constructor del hombre como individuo. En este sentido, la poesía de María Victoria Caro nos hace señales desde la felicidad y la liberación, frente al caos sucesivo sembrado de generación con nuestro conformismo espiritual.

Estoy encantado a concluir esta ronda poética y crítica del libro de María Victoria, por lo que Vicente Merlo ha dicho acerca de sus poemas, que no van muy lejos de todos los análisis citados antes, cuando dijo:

Tierra amada. Espiritu de perfección. Amor a la Tierra, a esos dulces latidos del corazón, a esos labios con luz, no menos que antesala del éxtasis y amor místico es la poesía de María Victoria Caro.

A veces, toda una vida se vuelca en unas escasas, pero intensas, páginas, embellecidas por poemas. Este parece ser el caso de la obra que el lector tiene entre sus manos. No espere pasar sobre ellas como si bastase con deslizarse por la superficie. Hay que bucear, o más bien dejarse inundar, por las aguas que desbordan las páginas.

Son múltiples los ecos que resuenan en este canto a la vida. En ocasiones es el silencio de la

noche o el cetro de espinas vivas, en otras la luz inunda la estancia, quizás por las intensas evocaciones, a Palas Atenea, a Plotino, sabio, a la metamorfosis consumada, a la apoteosis presentida, a modo de Ascensión hacia una Paz ya inmaculada.

¿Poesía espiritual? Así es, si “poesía no es lo que toco/no es lo que veo/no es lo que siento/ no es lo que imagino/ (...) “espiritual es adonde solo llegan la Consciencia y el Corazón”, “lo que queda imborrable en el recuerdo”. Poesía que parte del desgarramiento de los sentidos, pero que escucha la “voz de luz” y junto a ella “amadas notas celestes”.

Diríase que los humanos difícilmente aprendemos sin sufrimiento, sin desengaño. Hasta que acaso se produce la gran entrega: “Lleva Tú el rumbo/ un acantilado desgarró mi corazón/y gotea rojo, espeso y doliente;/tan confusamente, después de tantos golpes,/que ni veo fuego, ni oigo espacio, ni huelo tierra”.

Pero no es menos cierto que estamos llamados a una inimaginable metamorfosis: “crisálida que para ser libre no necesita alas/secreto mal comprendido por todos”.

Mirada al pasado griego, cual Hölderlin actual, rumor de alas de ángeles, Rilke sobre la roca, esperanza de transfiguración, de ascensión, de apoteosis: “Llena de aliento mi Túnica divinizada./¡Oh! Videncia del Día/y de sus Pies...que son mis pies,/los que apenas rozan la tierra,/si me acuerdo de ese Amor que me fusiona,/que me sostiene sin daño,/envolviéndome dócil,/tan delicadamente...”.

Poemario para saborear despacio, para “amar la poesía” esa philopoesía capaz de devolvernos a la unidad religada, poesía escrita originalmente sobre lino blanco, mientras las ondinan se agitan, movidas por el Viento.

Gracias, María Victoria, por compartir la profundidad de tu experiencia y los vuelos de tu imaginación, con la belleza de tu palabra; por recordarnos que se puede morar poéticamente en la Tierra, que la poesía es la tarea más inocente, y la palabra poética el más peligroso de los bienes (Hölderlin)¹.

Estos son algunos pasajes interesantes de la poesía de María Victoria² en *Philopoesía*

VERDADERO

Acercándome a un conocimiento íntimo,
no del todo entendido su fin,
manifestado ante la faz luminosa
en el monte intermedio,
dentro de la envolvente oscuridad,
voz solemne, masculina y sonora.

“En el altar de los amados,

¹-Vicente Merlo, Escritor y Doctor en Filosofía. Profesor de “*Teoría y práctica de la Meditación*” en la Universidad Autónoma de Barcelona, y de “*Hinduismo, Budismo y Nuevos Movimientos Religiosos*” en el Master de *Historia de las Religiones* de la Universidad de Barcelona

²-María Victoria Caro Bernal *Tierra amada. Espíritu de perfección* Ed. Vive Libro. Madrid, España, 2014

desde el principio distinguido,
envuelto de ternura
y dejado a mi cuidado”.

Primero lengua misteriosa hacia el horizonte.
A mis oídos después llegaron
omnipresentes y claras palabras.

La voluntad y único empeño de mi vida.

Materializado el poder de los reyes,
de incomprendida humildad revestida.

Realidad fluídica que rellena las capilaridades
del árbol germinado y moldeado en mí.

Uno conmigo,
desde lo profundo hasta poder tocarlo.

DULCES LATIDOS

Sentir el abrazo de su voz.
Comunicar con el misterio
sin escarbar en Babel,
bajo el mar de su brillo inteligente y feliz.

Hermanos de la voz metafísica,
inspirados por el envolvente e imperioso rumor,
cruzamos horizontes de tibia luz
sin mirar las nubes que atrás quedan.

Con la suerte en nuestra sangre,
plenos, transalumbrados en el alma,
dulces latidos de savia eterna,
llamados a la amistad virtuosa de los herederos.

Hallando arriba, buscando abajo.
Más de media vida indagando en la intensa espera,
con los apócrifos secretos de Pandora al sol
para el desconcierto de los otros, si no la perplejidad.

Actuemos en la verdad y sin revés.
Pensemos e inundemos de blanco los campos por cultivar.
Hagamos caminos en la noche de la razón.
Compartamos haciendo canon de credos y de vuelos.

Ahora, sin despertar de la poesía

desterremos la nada y el silencio,
cogiendo la linterna de los testigos.

Yo te sigo y me quedo.

CANTO A LA MENTE TRANSFORMADA

Te quiero,
le repito al aire, tantas veces.
Alimento así, con tu imagen,
mi corazón ya henchido y entregado.

Amo tu mente y nuestra conexión
sin mancha en lo sagrado,
sin deseo ni pasión que puedan herir.
Amando a través de la imaginación, tan próxima,
a pesar de la distancia, tan cerca.

Dulce voz, dulce recuerdo.
Inspiración donde anidan tus dedos,
que mueven el otoño sobre mi lago,
para dar luz a su fondo.

Dejad hacer, dejad pasar, dejad sentir.
Que recorra y nutra mi mente
la viveza natural de las leyes.
Que mis ojos esperen, nunca tristes,
tu silueta saliendo a la mañana,
en un futuro perfecto.

Mientras, no puedo olvidar:
cómo entró la secreta emoción primera,
por descuido, debilidad, vacío o necesidad.
Ella lo llena todo desde entonces,
sin dejar espacio a nadie más.

Que siga contigo aquel único asomo,
arrullo de paloma en tus labios.
Mensaje antecedente
del puro sentimiento correspondido,
ningún eco más intenso que aquel canto:

“Te quiero, yo también”

EN LA NOCHE

El verdadero comienzo de las palabras
es pronunciarlas sin mover los labios.
La fuerza del pensamiento
las conduce hacia el despertar del corazón,
del entendimiento,
de todo lo realmente importante.

El sonido de nuestras palabras
eclipsa la grandiosa elocuencia
de esas otras resonancias primeras,
no manifestadas de boca a oído.

Resonancias primeras
que trascienden reglas, emociones o deseos,
que nos buscan
y se encuentran en el ultra espacio,
en el anhelado punto de partida.

TODO ES DIFERENTE

Todo especial gracias al sublime silencio
que aísla y envuelve a la siempre alborotada mente.

Descubrir lo indefinible.

Un claro en el bosque no es la ausencia,
ni la nada, ni la carencia.

Un claro en este selvático bosque
es el comienzo del deseado encuentro con la llamada.

Llegad enfocando al centro.

Eje del ente que se llena de vida incorpórea.

Luz mística que devuelve a mi pensamiento
su rápido saber, percepción sutil,
casi inalcanzable paz.

¿ESPIRITUAL?

Espiritual no es lo que toco,
no es lo que veo,
no es lo que siento,
no es lo que imagino.

Espiritual es la realidad
que está mucho más allá de esta dimensión
y de las otras.

Más allá de tantas pequeñeces.
Más allá de esta pobre luz.

Espiritual es adonde sólo llegan
la Consciencia y el Corazón.

Espiritual:
lo que queda imborrable en el recuerdo.

El regalo más extraordinario
que al fin se une a ti
para que nunca te pierdas.

Por último, no puedo finalizar este artículo sin agradecerle efusivamente a la poeta, estimada, María Victoria, por apoyarme en la realización de este artículo sobre su hermoso libro "Tierra amada". No puedo dejar de expresar mi placer al leer los poemas de esta singular poeta española que tocó el espíritu de la verdadera humanidad.